

**Luís de Góngora**

# **Soledades**

**Colección Averroes**

**Colección Averroes**  
**Consejería de Educación y Ciencia**  
**Junta de Andalucía**

## ÍNDICE

AL DUQUE DE BÉJAR.....	5
SOLEDAD PRIMERA.....	7
SOLEDAD SEGUNDA.....	42



---

**AL DUQUE DE BÉJAR**

Pasos de un peregrino son errante  
cuantos me dictó versos dulce musa  
en soledad confusa,  
perdidos unos, otros inspirados.  
¡Oh tú, que, de venablos impedido  
-muros de abeto, almenas de diamante-,  
bates los montes, que, de nieve armados,  
gigantes de cristal los teme el cielo;  
donde el cuerno, del eco repetido,  
fieras te expone, que al teñido suelo,  
muertas, pidiendo términos disformes,  
espumoso coral le dan al Tormes!:  
arrima a un fresno el fresno- cuyo acero  
sangre sudando, en tiempo hará breve  
purpurear la nieve-  
y, en cuanto da el solícito montero  
al duro roble, al pino levantado  
-émulos vividores de las peñas-  
las formidables señas  
del oso que aun besaba,  
atravesado acero,  
la asta de tu luciente jabalina,  
-o lo sagrado supla de la encina  
lo augusto del dosel; o de la fuente  
la alta cenefa, lo majestüoso

del síñ al a tu deidad debido-,  
¡oh Duque esclarecido!,  
templa en sus ondas tu fatiga ardiente,  
y, entregados tus miembros al reposo  
sobre el de grama, césped no desnudo,  
déjate un rato hallar del pie acertado  
que sus errantes pasos ha votado  
a la real cadena de tu escudo.  
Honre süave, generoso nudo  
libertad, de fortuna perseguida:  
que, a tu piedad Euterpe agradecida,  
su canoro dará dulce instrumento  
cuando la fama no, su trompa al viento.

## SOLEDAD PRIMERA

Era del año la estación florida  
en que el mentido robador de Europa  
-media luna las armas de su frente,  
y el Sol todos los rayos de su pelo-,  
luciente honor del cielo,  
en campos de zafiro pace estrellas;  
cuando el que ministrar podía la copa  
a Júpiter mejor que el garzón de Ida,  
-náufrago y desdeñado, sobre ausente-,  
lagrimosas de amor dulces querellas  
da al mar, que condolido,  
fue a las ondas, fue al viento  
el mísero gemido,  
segundo de Arí ón dulce instrumento.  
De el siempre en la montaña opuesto pino  
al enemigo Noto,  
piadoso miembro roto  
-breve tabla- delfín no fue pequeño  
al inconsiderado peregrino  
que a una Libia de ondas su camino  
fió, y su vida a un leño.  
Del Océano, pues, antes sorbido,  
y luego vomitado  
no lejos de un escollo coronado  
de secos juncos, de calientes plumas

-alga todo y espumas-,  
halló hospitalidad donde halló nido  
de Júpiter el ave.  
Besa la arena, y de la rota nave  
aquella parte poca  
que le expuso en la playa dio a la roca:  
que aun se dejan las peñas  
lisonjear de agradecidas señas.  
Desnudo el joven, cuanto ya el vestido  
Océano ha bebido,  
restituir le hace a las arenas;  
y al sol le extiende luego,  
que, lamiéndole apenas  
su dulce lengua de templado fuego,  
lento le embiste, y con süave estilo  
la menor onda chupa al menor hilo.  
No bien pues de su luz los horizontes  
-que hacían desigual, confusamente  
montes de agua y piélagos de montes-  
desdorados los siente,  
cuando -entregado el mísero extranjero  
en lo que ya del mar redimió fiero-  
entre espinas crepúsculos pisando,  
riscos que aun igualara mal, volando  
veloz, intrépida ala,  
-menos cansado que confuso- escala.  
Vencida al fin la cumbre  
del mar siempre sonante,  
de la muda campaña  
árbitro igual e inexpugnable muro-,  
con pie ya más seguro  
declina al vacilante



-breve esplendor de mal distinta lumbre-  
farol de una cabaña  
que sobre el ferro está, en aquel incierto  
golfo de sombras, anunciando el puerto.  
«Rayos -les dice- ya que no de Leda  
trémulos hijos, sed de mi fortuna  
término luminoso». Y recelando  
de invidi osa bárbara arboleda  
interposición, cuando  
de vientos no conjuración alguna,  
cual haciendo el villano  
la fragosa montaña fácil llano,  
atento sigue aquella  
-aun a pesar de las tinieblas bella,  
aun a pesar de las estrellas clara-  
piedra, indigna tiara  
-si tradición apócrifa no miente-  
de animal tenebroso, cuya frente  
carro es brillante de nocturno día:  
tal, diligente, el paso  
el joven apresura,  
midiendo la espesura  
con igual pie que el raso,  
fijo -a despecho de la niebla fría-  
en el carbunco, norte de su aguja,  
o el Austro brame o la arboleda cruja.  
El can ya vigilante  
convoca, despidiendo al caminante;  
y la que desviada  
luz poca pareció, tanta es vecina,  
que yace en ella la robusta encina,  
mariposa en cenizas desatada.

Llegó pues el mancebo, y saludado,  
sin ambición, sin pompa de palabras,  
de los conductores fue de cabras,  
que a Vulcano tenían coronado.  
¡Oh bienaventurado  
albergue a cualquier hora  
templo de Pales, alquería de Flora!  
No moderno artificio  
borró designios, bosquejó modelos,  
al cóncavo ajustando de los cielos  
el sublime edificio;  
retamas sobre robre  
tu fábrica son pobre,  
do guarda, en vez de acero,  
la inocencia al cabrero  
más que el silbo al ganado.  
¡Oh bienaventurado  
albergue a cualquier hora!  
No en ti la ambición mora  
hidrópica de viento,  
ni la que su alimento  
el áspid es gitano;  
no la que, en vulto comenzando humano,  
acaba en mortal fiera,  
esfinge bachillera,  
que hace hoy a Narciso  
Ecos solicitar, desdeñar fuentes;  
ni la que en salvas gasta impertinentes  
la pólvora del tiempo más preciso:  
ceremonia profana  
la sinceridad burla villana  
sobre el corvo cayado.

¡Oh bienaventurado  
albergue a cualquier hora!  
Tus umbrales ignora  
la adulación, Sirena  
de reales palacios, cuya arena  
besó ya tanto leño:  
trofeos dulces de un canoro sueño.  
No a la soberbia está aquí la mentira  
dorándole los pies, en cuanto gira  
la esfera de sus plumas,  
ni de los rayos baja a las espumas  
favor de cera alado.  
¡Oh bienaventurado  
albergue a cualquier hora!  
No pues de aquella sierra -engendradora  
más de fierezas que de cortesía-  
la gente parecía  
que hospedó al forastero  
con pecho igual de aquel candor primero,  
que, en las selvas contento,  
tienda el fresno le dio, el roble alimento.  
Limpio sayal en vez de blanco lino  
cubrió el cuadrado pino,  
y en boj, aunque rebelde, a quien el torno  
forma elegante dio sin culto adorno,  
leche que exprimir vio la Alba aquel día  
-mientras perdían con ella  
los blancos lilios de su frente bella-,  
gruesa le dan y fría,  
impenetrable casi a la cuchara,  
del viejo Alcimedón invención rara.  
El que de cabras fue dos veces ciento

esposo casi un lustro -cuyo diente  
no perdonó a racimo aun en la frente  
de Baco, cuanto más en su sarmiento-  
(triunfador siempre de celosas lides,  
le coronó el Amor; mas rival tierno,  
breve de barba y duro no de cuerno,  
redimió con su muerte tantas vides)  
servido ya en cecina,  
purpúreos hilos es de grana fina.  
Sobre corchos después, más regalado  
sueño le solicitan pieles blandas  
que al príncipe entre holandas,  
púrpura tiria o milanés brocado.  
No de humosos vinos agravado  
es Sísifo en la cuesta, sí en la cumbre,  
de ponderosa vana pesadumbre  
es, cuanto más despierto, más burlado.  
De trompa militar no, o destemplado  
son de cajas, fue el sueño interrumpido;  
de can sí, embravecido  
contra la seca hoja  
que el viento repeló a alguna coscoja.  
Durmió, y recuerda al fin, cuando las aves  
-esquilas dulces de sonora pluma-  
señas dieron süaves  
del Alba al Sol, que el pabellón de espuma  
dejó, y en su carroza  
rayó el verde obelisco de la choza.  
Agradecido, pues, el peregrino  
deja el albergue y sale acompañado  
de quien lo lleva donde, levantado,  
distante pocos pasos del camino,

imperí oso mira la campaña  
un escollo, apacible galería,  
que festivo teatro fue algún día  
de cuantos pisan, faunos, la montaña.  
Llegó, y a vista tanta  
obedeciendo la dudosa planta,  
inmóvil se quedó sobre un lentisco,  
verde balcón del agradable risco.  
Si mucho poco mapa les despliega,  
mucho es más lo que, nieblas desatando,  
confunde el sol y la distancia niega.  
Muda la admiración, habla callando,  
y, ciega, un río sigue, que -luciente  
de aquellos montes hijo-  
con torcido discurso, aunque prolijo,  
tiraniza los campos útilmente;  
orladas sus orillas de frutales,  
quiere la Copia que su cuerno sea;  
si al animal armaron de Amaltea  
diáfanos cristales;  
engarzando edificios en su plata  
de muros se corona,  
rocas abraza, islas aprisiona  
de la alta gruta donde se desata  
hasta los jaspes líquidos, adonde  
su orgullo pierde y su memoria esconde.  
«Aquéllas que los árboles apenas  
dejan ser torres hoy -dijo el cabrero  
con muestras de dolor extraordinarias-  
las estrellas nocturnas luminarias  
eran de sus almenas,  
cuando, el que ves sayal, fue limpio acero.

Yacen ahora, y sus desnudas piedras  
visten piadosas yedras:  
que a rüinas y a estragos,  
sabe el tiempo hacer verdes halagos». Con gusto el joven y atención le oía,  
cuando torrente de armas y de perros,  
que si precipitados no los cerros,  
las personas tras de un lobo traía,  
tierno discurso y dulce compañía  
dejar hizo al serrano,  
que -del sublime espaci oso llano  
al huésped al camino reduciendo-  
al venatorio estruendo,  
pasos dando veloces,  
número crece y multiplica voces.  
Bajaba entre sí el joven admirando,  
armado a Pan semicapro a Marte,  
en el pastor mentidos, que con arte  
culto principio dio al discurso, cuando  
rémora de sus pasos fue su oído,  
dulcemente impedido  
de canoro instrumento, que pulsado  
era de una serrana junto a un tronco,  
sobre un arroyo, de quejarse ronco,  
mudo sus ondas, cuando no enfrenado.  
Otra con ella montaraz zagala  
juntaba el cristal líquido al humano  
por el arcaduz bello de una mano  
que al uno menosprecia, al otro iguala.  
De el verde margen otra las mejores  
rosas traslada y lilios al cabello,  
o por lo matizado o por lo bello,

si aurora no con rayos, sol con flores;  
negras pizarras entre blancos dedos  
ingerí osa hiere otra, que dudo  
que aun los peñascos la escucharan quedos.  
Al son pues deste rudo  
sonoroso instrumento,  
-lasciva el movimiento,  
mas los ojos honesta-  
altera otra, bailando, la floresta.  
Tantas al fin el arroyuelo, y tantas  
montañas da el prado, que dirías  
ser menos las que verdes Hamadrias  
abortaron las plantas:  
inundación hermosa  
que la montaña hizo populosa  
de sus aldeas todas  
a pastorales bodas.  
De una encina embebido  
en lo cóncavo, el joven mantenía  
la vista de hermosura, y el oído  
de métrica armonía.  
El sileno buscaba  
de aquellas que la sierra dio bacantes  
-ya que ninfas las niega ser errantes  
el hombro sin aljaba-;  
o si -del Termodonte  
émulo el arroyuelo desatado  
de aquel fragoso monte-  
escuadrón de amazonas desarmado  
tremola en sus riberas  
pacíficas banderas.  
Vulgo lascivo erraba

-al voto del mancebo,  
el yugo de ambos sexos sacudido-  
al tiempo que -de flores impedido  
el que ya serenaba  
la región de su frente rayo nuevo-  
purpúrea terneruela, conducida  
de su madre, no menos enramada,  
entre albogues se ofrece, acompañada  
de juventud florida.  
Cuál dellos las pendientes sumas graves  
de negras baja, de crestadas aves,  
cuyo lascivo esposo, vigilante  
doméstico es del Sol nuncio canoro,  
y de, coral barbado, no de oro  
ciñe, sino de púrpura, turbante.  
Quién la cerviz oprime  
con la manchada copia  
de los cabritos más retozadores,  
tan golosos, que gime  
el que menos peinar puede las flores  
de su guirnalda propia.  
No el sitio, no, fragoso,  
no el torcido taladro de la tierra,  
privilegió en la sierra  
la paz del conejuelo temeroso:  
trofeo ya su número es a un hombro,  
si carga no y asombro.  
Tú, ave peregrina,  
arrogante esplendor -ya que no bello-  
del último Occidente:  
penda el rugoso nácar de tu frente  
sobre el crespo zafiro de tu cuello,



que Himeneo a sus mesas te destina.  
Sobre dos hombros larga vara ostenta  
en cien aves cien picos de rubíes,  
tafiletes calzadas carmesíes,  
emulación y afrenta  
aun de los berberiscos,  
en la inculta región de aquellos riscos.  
Lo que lloró la Aurora  
-si es néctar lo que llora-,  
y, antes que el Sol, enjuga  
la abeja que madruga  
a libar flores y a chupar cristales,  
en celdas de oro líquido, en panales  
la orza contenía  
que un montañés traía.  
No excedía la oreja  
el pululante ramo  
del ternezuelo gamo,  
que mal llevar se deja,  
y con razón: que el tálamo desdeña  
la sombra aun de lisonja tan pequeña.  
El arco del camino pues torcido,  
-que habían con trabajo  
por la fragosa cuerda del atajo  
las gallardas serranas desmentido-  
de la cansada juventud vencido,  
-los fuertes hombros con las cargas graves,  
treguas hechas süaves-  
sueño le ofrece a quien buscó descanso  
el ya sañado arroyo, ahora manso;  
merced de la hermosura que ha hospedado,  
efectos, si no dulces, del contento

que, en las lucientes de marfil clavijas,  
las duras cuerdas de las negras guijas  
hicieron a su curso acelerado,  
en cuanto a su furor perdonó el viento.  
Menos en renunciar tardó la encina  
el extranjero errante,  
que en reclinarse el menos fatigado  
sobre la grana que se viste fina,  
su bella amada, deponiendo amante  
en las vestidas rosas su cuidado.  
Saludólos a todos cortésmente,  
y -admirado no menos  
de los serranos que correspondido-  
las sombras solicita de unas peñas.  
De lágrimas los tiernos ojos, llenos,  
reconociendo el mar en el vestido  
-que beberse no pudo el Sol ardiente  
las que siempre dará cerúleas señas-,  
político serrano,  
de canas grave, habló desta manera:  
«¿Cuál tigre, la más fiera  
que clima infamó hircano,  
dio el primer alimento  
al que -ya deste o de aquel mar- primero  
surcó, labrador fiero,  
el campo undoso en mal nacido pino,  
vaga Clicie del viento,  
en telas hecho -antes que en flor- el lino?  
Más armas introdujo este marino  
monstro, escamado de robustas hayas,  
a las que tanto mar divide playas,  
que confusión y fuego

al frigio muro el otro leño griego.  
Náutica industria investigó tal piedra,  
que, cual abraza yedra  
escollo, el metal ella fulminante  
de que Marte se viste, y, lisonjera,  
solicita el que más brilla diamante  
en la nocturna capa de la esfera,  
estrella a nuestro polo más vecina;  
y, con virtud no poca,  
distante la revoca,  
elevada la inclina  
ya de la Aurora bella  
al rosado balcón, ya a la que sella  
cerúlea tumba fría  
las cenizas del día.  
En esta, pues, fiándose atractiva,  
del Norte amante dura, alado roble,  
no hay tormentoso cabo que no doble,  
ni isla hoy a su vuelo fugitiva.  
Tifis el primer leño mal seguro  
condujo, muchos luego Palinuro;  
si bien por un mar ambos, que la tierra  
estanque dejó hecho,  
cuyo famoso estrecho  
una y otra, de Alcides, llave cierra.  
Piloto hoy la Cudicia, no de errantes  
árboles, mas de selvas inconstantes,  
al padre de las aguas Oceano  
-de cuya monarquía  
el Sol, que cada día  
nace en sus ondas, y en sus ondas muere,  
los términos saber todos no quiere-

dejó primero de su espuma cano,  
sin admitir segundo  
en inculcar sus límites al mundo.  
Abetos suyos tres aquel tridente  
violaron a Neptuno,  
conculcado hasta allí de otro ninguno,  
besando las que al Sol el Occidente  
le corre en lecho azul de aguas marinas,  
turquesadas cortinas.  
A pesar luego de áspides volantes  
-sombra del sol y tósigo del viento-  
de caribes flechados, sus banderas  
siempre gloriosas, siempre tremolantes,  
rompieron los que armó de plumas ciento  
lestrigones el istmo, aladas fieras:  
el istmo que al Océano divide,  
y -sierpe de cristal- juntar le impide  
la cabeza, del Norte coronada,  
con la que ilustra el Sur, cola escamada  
de antárticas estrellas.  
Segundos leños dio a segundo polo  
en nuevo mar, que le rindió no sólo  
las blancas hijas de sus conchas bellas,  
mas los que lograr bien no supo Midas  
metales homicidas.  
No le bastó después a este elemento  
conducir orcas, alistar ballenas,  
murarse de montañas espumosas,  
infamar blanqueando sus arenas  
con tantas del primer atrevimiento  
señas -aun a los buitres lastimosas-,  
para, con estas lastimosas señas,

temeridades enfrenar segundas.  
Tú, Cudicia, tú pues de las profundas  
estigias aguas torpe marinero,  
cuantos abre sepulcros el mar fiero  
a tus huesos, desdeñas.  
El promontorio que Éolo sus rocas  
candados hizo de otras nuevas grutas  
para el Austro de alas nunca enjutas,  
para el Cierzo expirante por cien bocas,  
doblaste alegre, y tu obstinada entena  
Cabo le hizo de Esperanza Buena.  
Tantos luego astronómicos presagios  
frustrados, tanta náutica doctrina,  
debajo aún de la zona más vecina  
al sol, calmas vencidas y naufragios,  
los reinos de la Aurora al fin besaste,  
cuyos purpúreos senos perlas netas,  
cuyas minas secretas  
hoy te guardan su más precioso engaste;  
la aromática selva penetraste,  
que al pájaro de Arabia -cuyo vuelo  
arco alado es del cielo,  
no corvo, mas tendido-  
pira le erige y le construye nido.  
Zodiaco después fue cristalino  
a glori oso pino,  
émulo vago del ardiente coche  
del Sol, este elemento,  
que cuatro veces había sido ciento  
dosel al día y tálamo a la noche,  
cuando halló de fugitiva plata  
la bisagra, aunque estrecha, abrazadora

de un Océano y otro siempre uno,  
o las colunas bese o la escarlata,  
tapete de la Aurora.  
Esta pues nave ahora  
en el húmido templo de Neptuno  
varada pende a la inmortal memoria  
con nombre de Victoria.  
De firmes islas no la inmóvil flota  
en aquel mar del Alba te describe,  
cuyo número -ya que no lascivo-  
por lo bello agradable y por lo vario  
la dulce confusión hacer podía,  
que en los blancos estanques del Eurota  
la virginal desnuda montería,  
haciendo escollos o de mármol pario  
o de terso marfil sus miembros bellos,  
que pudo bien Acteón perderse en ellos.  
El bosque dividido en islas pocas,  
fragrante productor de aquel aroma  
-que, traducido mal por el Egito,  
tarde le encomendó el Nilo a sus bocas,  
y ellas más tarde a la gulosa Grecia-,  
clavo no, espuela sí del apetito  
-que cuanto en conocelle tardó Roma  
fue templado Catón, casta Lucrecia-,  
quédese, amigo, en tan inciertos mares,  
donde con mi hacienda  
del alma se quedó la mejor prenda,  
cuya memoria es buitre de pesares».  
En suspiros con esto,  
y en más anegó lágrimas el resto  
de su discurso el montañés prolijo,

que el viento su caudal, el mar su hijo.  
Consolalle pudiera el peregrino  
con las de su edad corta historias largas,  
si -vinculados todos a sus cargas,  
cual pródidas hormigas a sus mieses-  
no comenzaran ya los montañeses  
a esconder con el número el camino,  
y el cielo con el polvo. Enjugó el viejo  
del tierno humor las venerables canas,  
y levantando al forastero, dijo:  
«Cabo me han hecho, hijo,  
de este hermoso tercio de serranas;  
si tu neutralidad sufre consejo,  
y no te fuerza obligación precisa,  
la piedad que en mi alma ya te hospeda  
hoy te convida al que nos guarda sueño  
política alameda,  
verde muro de aquel lugar pequeño  
que, a pesar de esos fresnos, se divisa;  
sigue la femenil tropa conmigo:  
verás curioso y honrarás testigo  
el tálamo de nuestros labradores,  
que de tu calidad señas mayores  
me dan que del Océano tus paños,  
o razón falta donde sobran años.  
Mal pudo el extranjero agradecido  
en tercio tal negar tal compañía  
y en tan noble ocasión tal hospedaje.  
Alegres pisan la que, si no era  
de chopos calle y de álamos carrera,  
el fresco de los céfiros rüido,  
el denso de los árboles celaje,

en duda ponen cuál mayor hacía  
guerra al calor o resistencia al día.  
Coros tejiendo, voces alternando,  
sigue la dulce escuadra montañesa  
del perezoso arroyo el paso lento,  
en cuanto él hurta blando,  
entre los olmos que robustos besa,  
pedazos de cristal, que el movimiento  
libra en la falda, en el coturno ella,  
de la columna bella,  
ya que celosa basa,  
dispensadora del cristal no escasa.  
Sirenas de los montes su conuento,  
a la que menos del sañudo viento  
pudiera antigua planta  
temer rüina o recelar fracaso,  
pasos hiciera dar el menor paso  
de su pie o su garganta.  
Pintadas aves -cítaras de pluma-  
coronaban la bárbara capilla,  
mientras el arroyuelo para oílla  
hace de blanca espuma  
tantas orejas cuantas guijas lava,  
de donde es fuente adonde arroyo acaba.  
Vencedores se arrogan los serranos  
los consignados premios otro día,  
ya al formidable salto, ya a la ardiente  
lucha, ya a la carrera polvorosa.  
El menos ágil, cuantos comarcanos  
convoca el caso, él solo desafía,  
consagrando los palios a su esposa,  
que a mucha fresca rosa



beber el sudor hace de su frente,  
mayor aún del que espera  
en la lucha, en el salto, en la carrera.  
Centro apacible un círculo espacioso  
a más caminos que una estrella rayos,  
hacía, bien de pobos, bien de alisos,  
donde la Primavera,  
-calzada abril y vestida mayos-  
centellas saca de cristal undoso  
a un pedernal orlado de narcisos.  
Este, pues, centro era  
meta umbrosa al vaquero convecino,  
y delicioso término al distante,  
donde, aun cansado más que el caminante,  
concurría el camino.  
Al conuento se abaten cristalino  
sedientas las serranas,  
cual simples codornices al reclamo  
que les miente la voz, y verde cela,  
entre la no espigada mies, la tela.  
Músicas hojas viste el menor ramo  
del álamo que peina verdes canas;  
no céfiros en él, no ruiseñores  
lisonjear pudieron breve rato  
al montañés, que -ingrato  
al fresco, a la armonía y a las flores-  
del sitio pisa ameno  
la fresca hierba, cual la arena ardiente  
de la Libia, y a cuantas da la fuente  
sierpes de aljófar, aun mayor veneno  
que a las del Ponto, tímido, atribuye,  
según el pie, según los labios huye.

Pasaron todos pues, y regulados  
cual en los equinocios surcar vemos  
los piélagos del aire libre algunas  
volantes no galeras,  
sino grullas veleras,  
tal vez creciendo, tal menguando lunas  
sus distantes extremos,  
caracteres tal vez formando alados  
en el papel diáfano del cielo  
las plumas de su vuelo.  
Ellas en tanto en bóvedas de sombras,  
pintadas siempre al fresco,  
cubren las que, en Sidón, telar turquesco  
no ha sabido imitar, verdes alfombras.  
Apenas reclinaron la cabeza,  
cuando, en número iguales y en belleza,  
los márgenes matiza de las fuentes  
segunda primavera de villanas,  
que -parientas del novio aún más cercanas  
que vecinos sus pueblos- de presentes  
prevenidas, concurren a las bodas.  
Mezcladas hacen todas  
teatro dulce -no de escena muda-  
el apacible sitio: espacio breve  
en que, a pesar del sol, cuajada nieve,  
y nieve de colores mil vestida,  
la sombra vio florida  
en la hierba menuda.  
Viendo pues que igualmente les quedaba  
para el lugar a ellas de camino  
lo que el sol para el lóbrego Occidente,  
cual de aves se caló turba canora

a robusto nogal que acequia lava  
en cercado vecino,  
cuando a nuestros antípodas la Aurora  
las rosas gozar deja de su frente:  
tal sale aquella que sin alas vuela  
hermosa escuadra con ligero paso,  
haciéndole atalayas del ocaso  
cuantos humeros cuenta la aldehuela.  
El lento escuadrón luego  
alcanzan de serranos,  
y -disolviendo allí la compañía-  
al pueblo llegan con la luz que el día  
cedió al sacro volcán de errante fuego,  
a la torre, de luces coronada,  
que el templo ilustra, y a los aires vanos  
artificialmente da exhalada  
luminosas de pólvora saetas,  
purpúreos no cometas.  
Los fuegos pues el joven solemniza,  
mientras el viejo tanta acusa tea  
al de las bodas dios, no alguna sea  
de nocturno Faetón carroza ardiente,  
y miserablemente  
campo amanezca estéril de ceniza  
la que anocheció aldea.  
De Alcides le llevó luego a las plantas,  
que estaban, no muy lejos,  
trenzándose el cabello verde a cuantas  
da el fuego luces y el arroyo espejos.  
Tanto garzón robusto,  
tanta ofrecen los álamos zagala,  
que abreñara el Sol en una estrella,

por ver la menos bella,  
cuantos saluda rayos el bengala,  
de el Ganges cisne adusto.  
La gaita al baile sollicita el gusto,  
a la voz el psalterio;  
cruza el Trión más fijo el hemisferio,  
y el tronco mayor danza en la ribera;  
el eco, voz ya entera,  
no hay silencio a que pronto no responda;  
fanal es del arroyo cada onda,  
luz el reflejo, la agua vidri era.  
Términos le da el sueño al regocijo,  
mas al cansancio no: que el movimiento  
verdugo de las fuerzas es prolijo.  
Los fuegos -cuyas lenguas, ciento a ciento  
desmintieron la noche algunas horas,  
cuyas luces, del Sol competidoras,  
fingieron día en la tiniebla oscura-  
murieron, y en sí mismos sepultados,  
sus miembros en cenizas desatados  
piedras son de su misma sepultura.  
Vence la noche al fin, y triunfa mudo  
el silencio, aunque breve, del rüido:  
sólo gime ofendido  
el sagrado laurel del hierro agudo;  
deja de su esplendor, deja desnudo  
de su frondosa pompa al verde aliso  
el golpe no remiso  
del villano membrudo;  
el que resistir pudo  
al animoso Austro, al Euro ronco,  
chopo gallardo -cuyo liso tronco

papel fue de pastores, aunque rudo-  
a revelar secretos va a la aldea,  
que impide Amor que aun otro chopo lea.  
Estos árboles pues ve la mañana  
mentir florestas, y emular ñ ales  
cuantos muró de líquidos cristales  
agricultura urbana.  
Recordó al Sol, no, de su espuma cana,  
la dulce de las aves armonía,  
sino los dos topacios que batía,  
orientales aldabas, Himeneo.  
De el carro pues febeo  
el luminoso tiro,  
mordiendo oro, el eclíptico zafiro  
pisar quería, cuando el populoso  
lugarillo, el serrano  
con su huésped, que admira cortesano  
a pesar del estambre y de la seda-  
el que tapiz frondoso  
tejió de verdes hojas la arboleda,  
y los que por las calles espaciosas  
fabrican arcos, rosas:  
oblicuos nuevos, pénsiles jardines,  
de tantos como víolas jazmines.  
Al galán novio el montañés presenta  
su forastero; luego al venerable  
padre de la que en sí bella se esconde  
con ceño dulce y con silencio afable,  
beldad parlera, gracia muda ostenta:  
cual del rizado verde botón donde  
abrevia su hermosura virgen rosa,  
las cisuras cairela

un color que la púrpura que cela  
por brújula concede vergonzosa.  
Digna la juzga esposa  
de un héroe, si no augusto, esclarecido,  
el joven al instante arrebatado  
a la que, naufragante y desterrado,  
le condenó a su olvido.  
Este pues Sol que a olvido le condena,  
cenizas hizo las que su memoria  
negras plumas vistió, que infelizmente  
sordo engendran gusano, cuyo diente,  
minador antes lento de su gloria,  
inmortal arador fue de su pena.  
Y en la sombra no más de la azucena,  
que del clavel procura acompañada  
imitar en la bella labradora  
el templado color de la que adora,  
víbora pisa tal el pensamiento,  
que el alma por los ojos desatada,  
señas diera de su arrebatamiento,  
si de zamponas ciento  
y de otros, aunque bárbaros, sonoros  
instrumentos, no, en dos festivos coros,  
vírgenes bellas, jóvenes lucidos,  
llegaran conducidos.  
El numeroso al fin de labradores  
concurso impacé ente  
los novios saca: él, de años floreciente,  
y de caudal más floreciente que ellos;  
ella, la misma pompa de las flores,  
la esfera misma de los rayos bellos.  
El lazo de ambos cuellos

entre un lascivo enjambre iba de amores  
Himeneo añudando,  
mientras invocan su deidad la alterna  
de zagalejas cándidas voz tierna  
y de garzones este acento blando:

CORO I

Ven, Himeneo, ven donde te espera  
con ojos y sin alas un Cupido,  
cuyo cabello intonso dulcemente  
niega el vello que el vulto ha colorido:  
el vello, flores de su primavera,  
y rayos el cabello de su frente.

Niño amó la que adora adolescente,  
villana Psiques, ninfa labradora  
de la tostada Ceres. Esta, ahora,  
en los inciertos de su edad segunda  
crepúsculos, vincule tu coyunda  
a su ardiente deseo.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo.

CORO II

Ven, Himeneo, donde, entre arreboles  
de honesto rosicler, previene el día  
-aurora de sus ojos soberanos-  
virgen tan bella, que hacer podría  
tórrida la Noruega con dos soles,  
y blanca la Etí opia con dos manos.  
Claveles del abril, rubies tempranos,  
cuantos engasta el oro del cabello,  
cuantas -del uno ya y del otro cuello  
cadenas- la concordia engarza rosas,  
de sus mejillas, siempre vergonzosas,  
purpúreo son trofeo.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo.

CORO I

Ven, Himeneo, y plumas no vulgares  
al aire los hijuelos den alados  
de las que el bosque bellas ninfas cela;  
de sus carcajes, éstos, argentados,  
flechen mosquetas, nieven azahares;  
vigilantes aquéllos, la aldehuela  
rediman del que más o tardo vuela,  
o infausto gime, pájaro nocturno;  
mudos coronen otros por su turno  
el dulce lecho conyugal, en cuanto  
lasciva abeja al virginal acanto  
néctar le chupa hibleo.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo.

CORO II

Ven, Himeneo, y las volantes pías  
que azules ojos con pestañas de oro  
sus plumas son, conduzgan alta diosa,  
gloria mayor del soberano coro.  
Fíe tus nudos ella, que los días  
disuelvan tarde en senectud dichosa;  
y la que Juno es hoy a nuestra esposa,  
casta Lucina -en lunas desiguales-  
tantas veces repita sus umbrales,  
que Níobe inmortal la admire el mundo,  
no en blanco mármol, por su mal fecundo,  
escollo hoy del Leteo.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo.

CORO I

Ven, Himeneo, y nuestra agricultura  
de copia tal a estrellas deba amigas



progenie tan robusta, que su mano  
toros dome, y de un rubio mar de espigas  
inunde liberal la tierra dura;  
y al verde, joven, floreciente llano  
blancas ovejas suyas hagan, cano,  
en breves horas caducar la hierba;  
oro le expriman líquido a Minerva,  
y -los olmos casando con las vides-  
mientras coronan pámpanos a Alcides  
clava empuñe Liëo.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo.

#### CORO II

Ven, Himeneo, y tantas le dé a Pales  
cuantas a Palas dulces prendas esta  
apenas hija hoy, madre mañana.

De errantes lilios unas la floresta  
cubran: corderos mil, que los cristales  
vistan del río en breve undosa lana;  
de Aracnes otras la arrogancia vana  
modestas acusando en blancas telas,  
no los hurtos de amor, no las cautelas  
de Júpiter compulsen; que, aun en lino,  
ni a la lluvia luciente de oro fino,  
ni al blanco cisne creo.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo.

El dulce alterno canto  
a sus umbrales revocó felices  
los novios, del vecino templo santo.  
De el yugo aun no domadas las cervices,  
novillos -breve término surcado-  
restituyen así el pendiente arado

al que pajizo albergue los aguarda.  
Llegaron todos, pues, y, con gallarda  
civil magnificencia, el suegro anciano,  
cuantos la sierra dio, cuantos dio el llano,  
labradores, convida  
a la prolija rústica comida  
que sin rumor previno en mesas grandes.  
Ostente crespas blancas esculturas  
artífice gentil de dobladuras  
en los que damascó manteles Flandes,  
mientras casero lino Ceres tanta  
ofrece ahora, cuantos guardó el heno  
dulces pomos, que al curso de Atalanta  
fueran dorado freno.  
Manjares que el veneno  
y el apetito ignoran igualmente,  
les sirvieron, y en oro, no, luciente,  
confuso Baco, ni en bruñida plata  
su néctar les desata,  
sino en vidrio topacios carmesíes  
y pálidos rubíes.  
Sellar del fuego quiso regalado  
los gulosos estómagos el rubio,  
imitador süave de la cera,  
quesillo -dulcemente aprenñ ado  
de rústica, vaquera,  
blanca, hermosa mano, cuyas venas  
la distinguieron de la leche apenas-;  
mas ni la encarcelada nuez esquiva,  
ni el membrillo pudieran anudado,  
si la sabrosa oliva  
no serenara el bacanal diluvio.

Levantadas las mesas, al canoro  
son de la ninfa un tiempo, ahora caña,  
seis de los montes, seis de la campaña  
-sus espaldas rayando el sutil oro  
que negó al viento el nácar bien tejido-,  
terno de gracias bello, repetido  
cuatro veces en doce labradoras,  
entró bailando numerosamente;  
y dulce Musa entre ellas, si consiente  
bárbaras el Parnaso moradoras.  
«Vivid felices -dijo-  
largo curso de edad nunca prolijo;  
y si prolijo, en nudos amorosos  
siempre vivid, esposos.  
Venza no sólo en su candor la nieve,  
más plata en su esplendor sea cardada  
cuanto estambre vital Cloto os traslada  
de la alta fatal rueca al huso breve.  
Sean de la fortuna  
aplausos la respuesta  
de vuestras granjerías.  
A la reja importuna,  
a la azada molesta  
fecundo os rinda -en desiguales días-  
el campo agradecido  
oro trillado y néctar exprimido.  
Sus morados cantuesos, sus copadas  
encinas la montaña contar antes  
deje que vuestras cabras, siempre errantes,  
que vuestras vacas, tarde o nunca herradas.  
Corderillos os brote la ribera,  
que la hierba menuda

y las perlas exceda del rocío  
su número, y del río  
la blanca espuma, cuantos la tijera  
vellones les desnuda.  
Tantos de breve fábrica, aunque ruda,  
albergues vuestros las abejas moren,  
y primaveras tantas os desfloren,  
que -cual la Arabia madre ve de aromas  
sacros troncos sudar fragantes gomas-  
vuestros corchos por uno y otro poro  
en dulce se desaten líquido oro.  
Próspera al fin, mas no espumosa tanto  
vuestra fortuna sea,  
que alimenten la invidia en vuestra aldea  
áspides más que en la región del llanto.  
Entre opulencias y necesidades,  
medianías vinculen competentes  
a vuestros descendientes  
-previniendo ambos daños- las edades.  
Ilustren obeliscos las ciudades,  
a los rayos de Júpiter expuesta  
-aún más que a los de Febo- su corona;  
cuando a la choza pastoral perdona  
el cielo, fulminando la floresta.  
Cisnes pues una y otra pluma, en esta  
tranquilidad os halle labradora  
la postrimera hora:  
cuya lámina cifre desengaños,  
que en letras pocas lean muchos años».   
De el himno culto dio el último acento  
fin mudo al baile, al tiempo que seguida  
la novia sale de villanas ciento

a la verde florida palizada,  
cual nueva Fénix en flamantes plumas  
matutinos del Sol rayos vestida,  
de cuanta surca el aire acompañada  
monarquía canora;  
y, vadeando nubes, las espumas  
del rey corona de los otros ríos:  
en cuya orilla el viento hereda ahora  
pequeños no vacíos  
de funerales bárbaros trofeos  
que el Egipto erigió a sus Ptolomeos.  
Los árboles que el bosque habían fingido,  
umbroso coliseo ya formando,  
despejan el ejido,  
olímpica palestra  
de valientes desnudos labradores.  
Llegó la desposada apenas, cuando  
feroz ardiente muestra  
hicieron dos robustos luchadores  
de sus músculos, menos defendidos  
del blanco lino que del vello obscuro.  
Abrazáronse pues los dos, y luego  
-humo anhelando el que no suda fuego-  
de recíprocos nudos impedidos  
cual duros olmos de implicantes vides,  
yedra el uno es tenaz del otro muro.  
Mañosos al fin, hijos de la tierra,  
cuando fuertes no Alcides,  
procuran derribarse y, derribados,  
cual pinos se levantan arraigados  
en los profundos senos de la sierra.  
Premio los honra igual. Y de otros cuatro

ciñe las sienes glori osa rama,  
con que se puso término a la lucha.  
Las dos partes rayaba del teatro  
el sol, cuando arrogante joven llama  
al expedido salto  
la bárbara corona que le escucha.  
Arras del animoso desafío  
un pardo gabán fue en el verde suelo,  
a quien se abaten ocho o diez soberbios  
montañeses, cual suele de lo alto  
calarse turba de invidiosas aves  
a los ojos de Ascálafo, vestido  
de perezosas plumas. Quién, de graves  
piedras las duras manos impedido,  
su agilidad pondera; quién sus nervios  
desata estremeciéndose gallardo.  
Besó la raya pues el pie desnudo  
de el suelto mozo, y con airoso vuelo  
pisó del viento lo que del ejido  
tres veces ocupar pudiera un dardo.  
La admiración, vestida un mármol frío,  
apenas arquear las cejas pudo;  
la emulación, calzada un duro hielo,  
torpe se arraiga. Bien que impulso noble  
de gloria, aunque villano, solicita  
a un vaquero de aquellos montes, grueso,  
membrudo, fuerte roble,  
que, ágil a pesar de lo robusto,  
al aire se arrebató, violentando  
lo grave tanto, que lo precipita  
-Ícaro montañés- su mismo peso,  
de la menuda hierba el seno blando

piélago duro hecho a su rüina.  
Si no tan corpulento, más adusto  
serrano le sucede,  
que iguala y aun excede  
al ayuno leopardo,  
al corcillo travieso, al muflón sardo  
que de las rocas trepa a la marina  
sin dejar ni aun pequeña  
del pie ligero bipartida seña.  
Con más felicidad que el precedente,  
pisó las huellas casi del primero  
el adusto vaquero.  
Pasos otro dio al aire, al suelo coces.  
Y preñados graduadamente,  
advocaron a sí toda la gente  
-cierzos del llano y austros de la sierra-  
mancebos tan veloces,  
que cuando Ceres más dora la tierra,  
y argenta el mar desde sus grutas hondas  
Neptuno sin fatiga  
su vago pie de pluma  
surcar pudiera mieses, pisar ondas;  
sin inclinar espiga,  
sin ñ olar espuma.  
Dos veces eran diez, y dirigidos  
a dos olmos que quieren, abrazados,  
ser palios verdes, ser frondosas metas,  
salen cual de torcidos  
arcos, o nervĭ osos o acerados,  
con silbo igual, dos veces diez saetas.  
No el polvo desaparece  
el campo, que no pisan alas hierba;

es el más torpe una herida cierva,  
el más tardo la vista desvanece,  
y, siguiendo al más lento  
cojea el pensamiento.  
El tercio casi de una milla era  
la prolija carrera  
que los hercúleos troncos hace breves;  
pero las plantas leves  
de tres sueltos zagales  
la distancia sincopan tan iguales,  
que la atención confunden judiciosa.  
De la Peneida virgen desdeñosa,  
los dulces fugitivos miembros bellos  
en la corteza no abrazó reciente  
más firme Apolo, más estrechamente,  
que de una y otra meta gloriosa  
las duras basas abrazaron ellos  
con triplicado nudo.  
Árbitro Alcides en sus ramas, dudo  
que el caso decidiera,  
bien que su menor hoja un ojo fuera  
del lince más agudo.  
En tanto pues que el palio neutro pende  
y la carroza de la luz descende  
a templarse en las ondas, Himeneo  
-por temprar en los brazos el deseo  
del galán novio, de la esposa bella-  
los rayos anticipa de la estrella,  
cerúlea ahora, ya purpúrea guía  
de los dudosos términos del día.  
El juicio -al de todos, indeciso-  
del concurso ligero,



el padrino con tres de limpio acero  
cuchillos corvos absolvelle quiso.  
Solícita Junón, Amor no omiso,  
al son de otra zampona que conduce  
ninfas bellas y sátiros lascivos,  
los desposados a su casa vuelven,  
que coronada luce  
de estrellas fijas, de astros fugitivos  
que en sonoro humo se resuelven.  
Llegó todo el lugar y, despedido,  
casta Venus -que el lecho ha prevenido  
de las plumas que baten más süaves  
en su volante carro blancas aves-  
los novios entra en dura no estacada:  
que, siendo Amor una deidad alada,  
bien previno la hija de la espuma  
a batallas de amor campo de pluma.

## SOLEDAZ SEGUNDA

Éntrase el mar por un arroyo breve  
que a recibille con sediento paso  
de su roca natal se precipita,  
y mucha sal no sólo en poco vaso,  
mas su rüina bebe,  
y su fin cristalina mariposa  
-no alada, sino undosa-,  
en el farol de Tetis solícita.  
Muros desmantelando, pues, de arena,  
centauro ya espumoso el Oceano  
-medio mar, medio ría-  
dos veces huella la campaña al día,  
escalar pretendiendo el monte en vano,  
de quien es dulce vena  
el tarde ya torrente  
arrepentido, y aun retrocedente.  
Eral lozano así novillo tierno,  
de bien nacido cuerno  
mal lunada la frente,  
retrógrado cedió en desigual lucha  
a duro toro, aun contra el viento armado:  
no, pues, de otra manera  
a la violencia mucha  
del padre de las aguas, coronado  
de blancas ovas y de espuma verde,

resiste obedeciendo, y tierra pierde.  
En la incierta ribera  
-guarnición desigual a tanto espejo-,  
descubrió la alba a nuestro peregrino  
con todo el villanaje ultramarino,  
que a la fiesta nupcial, de verde tejo  
toldado, ya capaz tradujo pino.  
Los escollos el sol rayaba, cuando,  
con remos gemidores,  
dos pobres, se aparecen, pescadores,  
nudos al mar, de cáñamo, fiando.  
Ruiseñor en los bosques no más blando,  
el verde roble que es barquillo ahora,  
saludar vio la Aurora,  
que al uno en dulces quejas -y no pocas-  
ondas endurecer, liquidar rocas.  
Señas mudas la dulce voz doliente  
permitió solamente  
a la turba, que dar quisiera voces  
a la que de un ancón segunda haya  
-cristal pisando azul con pies veloces-  
salió improvisa, de una y de otra playa  
vínculo desatado, inestable puente.  
La prora diligente  
no sólo dirigió a la opuesta orilla,  
mas redujo la música barquilla,  
que en dos cuernos del mar caló no breves  
sus plomos graves y sus corchos leves.  
Los senos ocupó del mayor leño  
la marítima tropa,  
usando al entrar todos  
cuantos les enseñó corteses modos

en la lengua del agua ruda escuela,  
con nuestro forastero, que la popa  
del canoro escogió bajel pequeño.  
Aquél, las ondas escarchando, vuela;  
éste, con perezoso movimiento,  
el mar encuentra, cuya espuma cana  
su parda aguda prora  
resplandeciente cuello  
hace de augusta Coya peruana,  
a quien hilos el Sur tributó ciento  
de perlas cada hora.  
Lágrimas no enjugó más de la Aurora  
sobre víolas negras la mañana,  
que arrolló su espolón con pompa vana  
caduco aljófár, pero aljófár bello.  
Dando el huésped licencia para ello,  
recurren no a las redes que, mayores,  
mucho Océano y pocas aguas prenden,  
sino a las que ambiciosas menos penden,  
laberinto nudoso de marino  
Dédalo, si de leño no, de lino,  
fábrica escrupulosa, y aunque incierta,  
siempre murada, pero siempre abierta.  
Liberalmente de los pescadores  
al deseo el estero corresponde,  
sin valelle al lascivo ostión el justo  
arnés de hueso, donde  
lisonja breve al gusto  
-mas incentiva- esconde:  
contagio original quizá de aquella  
que, siempre hija bella  
de los cristales, una

venera fue su cuna.  
Mallas visten de cáñamo al lenguado,  
mientras, en su piel lúbrica fiado,  
el congrio, que viscosamente liso,  
las telas burlar quiso,  
tejido en ellas se quedó burlado.  
Las redes califica menos gruesas,  
sin romper hilo alguno,  
pompa el salmón de las reales mesas,  
cuando no de los campos de Neptuno,  
y el travieso robalo,  
guloso de los Cónsules regalo.  
Éstos y muchos más, unos desnudos,  
otros de escamas fáciles armados,  
dio la ría pescados  
que, nadando en un piélagos de nudos,  
no agravan poco el negligente robe,  
espaciadamente dirigido  
al bienaventurado albergue pobre  
que, de carrizos frágiles tejado,  
si fabricado no de gruesas cañas,  
bóvedas le coronan de espadañas.  
El peregrino, pues, haciendo en tanto  
instrumento el bajel, cuerdas los remos,  
al céfiro encomienda los extremos  
de este métrico llanto:  
«Si de aire articulado  
no son dolientes lágrimas suaves  
estas mis quejas graves,  
voces de sangre, y sangre son del alma.  
Fielas de tu calma,  
¡oh mar!, quien otra vez las ha fiado

de tu fortuna aún más que de su hado.  
¡Oh mar, oh tú, supremo  
moderador piadoso de mis daños!:  
tuyos serán mis años,  
en tabla redimidos poco fuerte,  
de la bebida muerte,  
que ser quiso, en aquel peligro extremo,  
ella el forzado y su guadaña el remo.  
Regiones pise ajenas,  
o clima propio, planta mía perdida,  
tuya será mi vida,  
si vida me ha dejado que sea tuya  
quien me fuerza a que huya  
de su prisión, dejando mis cadenas  
rastros en tus ondas más que en tus arenas.  
Audaz mi pensamiento  
el cenit escaló, plumas vestido,  
cuyo vuelo atrevido  
-si no ha dado su nombre a tus espumas-  
de sus vestidas plumas  
conservarán el desvanecimiento  
los anales diáfanos del viento.  
Esta, pues, culpa mía  
el timón alternar menos seguro  
y el báculo más duro  
un lustro ha hecho a mi dudosa mano,  
solicitando en vano  
las alas sepultar de mi osadía  
donde el Sol nace o donde muere el día.  
Muera, enemiga amada,  
muera mi culpa, y tu desdén le guarde,  
arrepentido tarde,

suspiro que mi muerte haga leda,  
cuando no le suceda,  
o por breve o por tibia o por cansada,  
lágrima antes enjuta que llorada.  
Naufragio ya segundo,  
o filos pongan de homicida hierro  
fin duro a mi destierro;  
tan generosa fe, no fácil onda,  
no poca tierra esconda:  
urna suya el Océano profundo,  
y obeliscos los montes sean del mundo.  
Túmulo tanto debe  
agradecido Amor a mi pie errante;  
líquido pues diamante  
calle mis huesos, y elevada cima  
selle sí, mas no oprima,  
esta que le fiaré ceniza breve,  
si hay ondas mudas y si hay tierra leve».   
No es sordo el mar: la erudición engaña.  
Bien que tal vez sañudo  
no oya al piloto, o le responda fiero.  
sereno disimula más orejas  
que sembró dulces quejas  
-canoro labrador- el forastero  
en su undosa campaña.  
Espongoso, pues, se bebió y mudo  
el lagrimoso reconocimiento,  
de cuyos dulces números no poca  
concentuosa suma  
en los dos giros de invisible pluma  
que fingen sus dos alas, hurtó el viento;  
Eco -vestida una cavada roca-

solicitó curiosa y guardó avara  
la mas dulce -si no la menos clara-  
sílaba, siendo en tanto  
la vista de las chozas fin del canto.  
Yace en el mar, si no continuada  
isla, mal de la tierra dividida,  
cuya forma tortuga es perezosa:  
díganlo cuantos siglos ha que nada  
sin besar de la playa espaci osa  
la arena, de las ondas repetida.  
A pesar, pues, del agua que la oculta,  
concha, si mucha no, capaz ostenta  
de albergues, donde la humildad contenta  
mora, y Pomona se venera culta.  
Dos son las chozas, pobre su artificio  
más aún que caduca su materia:  
de los mancebos dos la mayor, cuna;  
de las redes la otra y su ejercicio,  
competente oficina.  
Lo que agradable más se determina  
del breve islote, ocupa su fortuna,  
los extremos de fausto y de miseria  
moderando.

En la plancha los recibe  
el padre de los dos; émulo cano  
del sagrado Nereo, no ya tanto  
porque a la par de los escollos vive,  
porque en el mar preside comarcano  
al ejercicio piscatorio, cuanto  
por seis hijas, por seis deidades bellas,  
del cielo espumas y del mar estrellas.  
Acogió al huésped con urbano estilo,



y a su voz, que los juncos obedecen,  
tres hijas suyas cándidas le ofrecen,  
que engaños construyendo están de hilo.  
El huerto le da esotras, a quien debe  
si púrpura la rosa, el lilio nieve.  
De jardín culto así en fingida gruta,  
salteó al labrador pluvia improvisa  
de cristales inciertos, a la seña,  
o a la que torció, llave, el fontanero:  
urna de Acuario, la imitada peña  
le embiste incauto, y si con pie grosero  
para la fuga apela, nubes pisa,  
burlándole aún la parte más enjuta.  
La vista saltearon poco menos  
del huésped admirado  
las no líquidas perlas que, al momento,  
a los corteses juncos -porque el viento  
nudos les halle un día, bien que ajenos-  
el cáñamo remiten anudado,  
y de Vertumno al término labrado  
el breve hierro, cuyo corvo diente  
las plantas le mordía cultamente.  
Ponderador saluda afectuoso  
del esplendor que admira el extranjero  
al sol, en seis luceros dividido;  
y -honestamente al fin correspondido  
del coro vergonzoso-  
al viejo sigue, que prudente ordena  
los términos confunda de la cena  
la comida prolija de pescados,  
raros muchos, y todos no comprados.  
Impidiéndole el día al forastero,

con dilaciones sordas le divierte  
entre unos verdes carrizales, donde  
armoñ oso número se esconde  
de blancos cisnes, de la misma suerte  
que gallinas domésticas al grano,  
a la voz concurrientes del anciano.  
En la más seca; en la más limpia anea  
vivificando están muchos sus huevos,  
y mientras dulce aquél su muerte anuncia  
entre la verde juncia,  
sus pollos éste al mar conduce nuevos,  
de Espío y de Nerea  
-cuando más obscurecen las espumas-  
nevada invidia, sus nevadas plumas.  
Hermana de Faetón, verde el cabello,  
les ofrece el que, joven ya gallardo,  
de flexuosas mimbres garbín pardo  
tosco le ha encordonado, pero bello.  
Lo más liso trepó, lo más sublime  
venció su agilidad, y artificiosa  
tejió en sus ramas inconstantes nidos,  
donde celosa arrulla y ronca gime  
la ave lasciva de la cipria diosa.  
Mástiles coronó menos crecidos,  
gavia no tan capaz, extraño todo:  
el designio, la fábrica y el modo.  
A pocos pasos le admiró no menos  
montecillo, las sienas laureado,  
traviesos despidiendo moradores  
de sus confusos senos,  
conejuelos, que, el viento consultado,  
salieron retozando a pisar flores;

el más tímido, al fin, más ignorante  
del plomo fulminante.  
Cóncavo fresno -a quien gracioso indulto  
de su caduco natural permite  
que a la encina vivaz robusto imite,  
y hueco exceda al alcornoque inculto-  
verde era pompa de un vallete oculto,  
cuando frondoso alcázar no, de aquella  
que sin corona vuela y sin espada,  
susurrante amazona, Dido alada  
de ejército más casto, de más bella  
república, ceñida, en vez de muros,  
de cortezas; en ésta pues Cartago  
reina la abeja, oro brillando vago,  
o el jugo beba de los aires puros,  
o el sudor de los cielos, cuando liba  
de las mudas estrellas la saliva;  
burgo eran suyo el tronco informe, el breve  
corcho, y moradas pobres sus vacíos,  
del que más solicita los desvíos  
de la isla, plebeyo enjambre leve.  
Llegaron luego donde al mar se atreve,  
si promontorio no, un cerro elevado  
de cabras estrellado,  
iguales, aunque pocas,  
a la que -imagen décima del cielo-  
flores su cuerno es, rayos su pelo.  
«Estas -dijo el isleño venerable-,  
y aquéllas que, pendientes de las rocas,  
tres o cuatro desean para ciento  
-redil las ondas y pastor el viento-  
libres discurren, su nocivo diente

paz hecha con las plantas inviolable». Estimando seguía el peregrino al venerable isleño, de muchos pocos numeroso dueño, cuando los suyos enfrenó de un pino el pie villano, que groseramente los cristales pisaba de una fuente. Ella pues sierpe, y sierpe al fin pisada, -aljófar vomitando fugitivo en lugar de veneno-, torcida esconde, ya que no enroscada, las flores, que de un parto dio lascivo aura fecunda al matizado seno del huerto, en cuyos troncos se desata de las escamas que vistió de plata. Seis chopos, de seis yedras abrazados, tirsos eran del griego dios, nacido segunda vez, que en pámpanos desmiente los cuernos de su frente; y cual mancebos tejen anudados festivos coros en alegre ejido, coronan ellos el encanecido suelo de lilios, que, en fragantes copos nevé el mayo, a pesar de los seis chopos. Este sitio las bellas seis hermanas escogen, agraviando en breve espacio mucha primavera con las mesas, cortezas ya livianas del árbol que ofreció a la edad primera duro alimento, pero sueño blando. Nieve hilada, y por sus manos bellas caseramente a telas reducida

manteles blancos fueron.  
Sentados pues sin ceremonias, ellas  
en torneado fresno la comida  
con silencio sirvieron.  
Rompida el agua en las menudas piedras,  
cristalina sonante era tñ orba,  
y las confusamente acordes aves  
entre las verdes roscas de las yedras  
muchas eran, y muchas veces nueve  
aladas musas; que -de pluma leve  
engañada su oculta lira corva-  
metros inciertos sí, pero suaves,  
en idomas cantan diferentes;  
mientras, cenando en pórfidos lucientes,  
lisonjean apenas  
al Júpiter marino tres sirenas.  
Comieron, pues, y rudamente dadas  
gracias el pescador a la divina  
próvida mano, «¡Oh bien vivos años!  
¡Oh canas -dijo el huésped- no peinadas  
con boj dentado o con rayada espina,  
sino con verdaderos desengaños!  
Pisad dichoso esta esmeralda bruta,  
en mármol engastada siempre undoso  
jubilando la red en los que os restan  
felices años, y la humedecida  
o poco rato enjuta  
próxima arena de esa opuesta playa,  
la remota Cambaya  
sea de hoy más a vuestro leño ocioso;  
y el mar que os la divide, cuanto cuestan  
Océano importuno

a las Quinas -del viento aún veneradas-  
sus ardientes veneros,  
su esfera lapidosa de luceros.  
Del pobre albergue a la barquilla pobre  
geómetra prudente el orbe mida  
vuestra planta, impedida  
-si de purpúreas conchas, no, istiñ adas-  
de trágicas rüinas de alto robre,  
que -el tridente acusando de Neptuno-  
menos quizá dio astillas  
que ejemplos de dolor a estas orillas».  
Días ha muchos, oh mancebo -dijo  
el pescador anciano-,  
que en el uno cedí y el otro hermano  
el duro remo, el cáñamo prolijo;  
muchos ha dulces días  
que cisnes me recuerdan a la hora  
que huyendo la Aurora  
las canas de Titón, halla las mías,  
a pesar de mi edad, no en la alta cumbre  
de aquel morro difícil, cuyas rocas  
tarde o nunca pisaron cabras pocas,  
y milano venció con pesadumbre,  
sino desotro escollo al mar pendiente;  
de donde ese teatro de Fortuna  
descubro, ese voraz, ese profundo  
campo ya de sepulcros, que, sediento,  
cuanto, en vasos de abeto, nuevo mundo  
-tributos digo américos- se bebe  
en túmulos de espuma paga breve.  
Bárbaro observador, mas diligente,  
de las inciertas formas de la luna,

a cada conjunción su pesquería,  
y a cada pesquería su instrumento  
-mas o menos nudoso- atribuído,  
mis hijos dos en un batel despido,  
que, el mar cribando en redes no comunes,  
vieras intempestivos algun día  
-entre un vulgo nadante, digno apenas  
de escama, cuanto más de nombre- atunes  
vomitar ondas y azotar arenas.  
Tal vez desde los muros destas rocas  
cazar a Tetis veo  
y pescar a Diana en dos barquillas:  
náuticas venatorias maravillas  
de mis hijas oirás, ambiguo coro,  
menos de aljaba que de red armado,  
de cuyo, si no alado,  
arpón vibrante, supo mal Proteo  
en globos de agua redimir sus focas.  
Torpe la más veloz, marino toro,  
torpe, mas toro al fin, que el mar violado  
de la púrpura viendo de sus venas,  
bufando mide el campo de las ondas  
con la animosa cuerda, que prolija  
al hierro sigue que en la foca huye,  
o grutas ya la privilegien ondas,  
o escollos desta isla divididos:  
Laquesis nueva mi gallarda hija,  
si Cloto no de la escamada fiera,  
ya hila, ya devana su carrera,  
cuando desatinada pide, o cuando  
vencida restituye  
los términos de cáñamo pedidos.

Rindióse al fin la bestia, y las almenas  
de las sublimes rocas salpicando,  
las peñas embistió peña escamada,  
en ríos de agua y sangre desatada.  
Éfire luego -la que en el torcido  
luciente nácar te sirvió no poca  
risueña parte de la dulce fuente-  
de Filódoces émula valiente,  
cuya asta breve desangró la foca,  
el cabello en estambre azul cogido  
-celoso alcaide de sus trenzas de oro-  
en segundo bajel se engolfó sola.  
¡Cuántas voces le di! ¡Cuántas en vano  
tiernas derramé, lágrimas, temiendo  
no al fiero tiburón, verdugo horrendo  
del náufrago ambicioso mercadante,  
ni al otro cuyo nombre  
espada es tantas veces esgrimida  
contra mis redes ya, contra mi vida,  
sino algún siempre verde, siempre cano  
sátiro de las aguas, petulante  
ñ olador del virginal decoro  
marino dios, que, el vulto feroz hombre,  
corvo es, delfín, la cola.  
Sorda a mis voces, pues, ciega a mi llanto,  
abrazado, si bien de fácil cuerda,  
un plomo fio grave a un corcho leve;  
que algunas veces despedido cuanto  
-penda o nade- la vista no le pierda,  
el golpe solicita, el bulto mueve  
prodig' osos moradores ciento  
del líquido elemento.



Láminas uno de viscoso acero  
-rebelde aun al diamante- el duro lomo  
hasta el luciente bipartido extremo  
de la cola vestido,  
solicitado sale del rüido;  
y al cebarse en el cómplice ligero  
del suspendido plomo,  
Éfire, en cuya mano al flaco remo  
un fuerte dardo había sucedido,  
de la mano a las ondas gemir hizo  
el aire con el fresno arrojadizo;  
de las ondas al pez, con vuelo mudo,  
deidad dirigió amante el hierro agudo:  
entre una y otra lámina, salida  
la sangre halló por do la muerte entrada.  
Onda, pues, sobre onda levantada,  
montes de espuma concitó herida  
la fiera, horror del agua, cometiendo  
ya a la violencia, ya a la fuga el modo  
de sacudir el asta,  
que, alterando el abismo o discurriendo  
el Océano todo  
no perdosa al acero que la engasta.  
Éfire en tanto al cáñamo torcido  
el cabo rompió y -bien que al ciervo herido  
el can sobra, siguiéndole la flecha-  
volvíase, mas no muy satisfecha,  
cuando cerca de aquel peinado escollo  
hervir las olas vio templadamente,  
bien que haciendo círculos perfetos;  
escogió, pues, de cuatro o cinco abetos  
el de cuchilla más resplandeciente,

que atravesado remolcó un gran sollo.  
Desembarcó triunfando,  
y aun el siguiente sol no vimos, cuando  
en la ribera vimos convecina  
dado al través el monstro, donde apenas  
su género noticia, pías arenas  
en tanta playa halló tanta rüina».   
Aura en esto marina  
el discuso y el día juntamente,  
trémula, si veloz, les arrebatata,  
alas batiendo líquidas, y en ellas  
dulcísimas querellas  
de pescadores dos, de dos amantes  
en redes ambos y en edad iguales.  
Dividiendo cristales,  
en la mitad de un óvalo de plata,  
venía a tiempo el nieto de la espuma  
que los mancebos daban alternantes  
al viento quejas. Órganos de pluma  
-aves digo de Leda-  
tales no oyó el Caístro en su arboleda,  
tales no vio el Meandro en su corriente.  
Inficionando pues süavemente  
las ondas el Amor, sus flechas remos,  
hasta donde se besan los extremos  
de la isla y del agua no los deja.  
Lícidas, gloria en tanto  
de la playa, Micón de sus arenas  
-invidia de sirenas,  
convocación su canto  
de músicos delfines, aunque mudos-  
en números no rudos

el primero se queja  
de la culta Leucipe,  
décimo esplendor bello de Aganipe;  
de Cloris el segundo,  
escollo de cristal, meta del mundo.

LÍCIDAS

«¿A qué piensas, barquilla,  
pobre ya cuna de mi edad primera,  
que cisne te conduzgo a esta ribera?  
A cantar dulce, y a morirme luego.  
Si te perdona el fuego  
que mis huesos vinculan, en su orilla,  
tumba te bese el mar, vuelta la quilla».

MICÓN

«Cansado leño mío,  
hijo del bosque y padre de mi vida  
-de tus remos ahora conducida  
a desatarse en lágrimas cantando-,  
el doliente, si blando,  
curso del llanto métrico te fío,  
nadante urna de canoro río».

LÍCIDAS

«Las rugosas veneras  
-fecundas no de aljófár blanco el seno,  
ni del que enciende el mar tirio veneno-  
entre crespos buscaba, caracoles,  
cuando de tus dos soles  
fulminado, ya señas no ligeras  
de mis cenizas dieron tus riberas».

MICÓN

«Distinguir sabía apenas  
el menor leño de la mayor urca

que velera un Neptuno y otro surca,  
y tus prisiones ya arrastraba graves;  
si dudas lo que sabes,  
lee cuanto han impreso en tus arenas,  
a pesar de los vientos, mis cadenas».

LÍCIDAS

«Las que el cielo mercedes  
hizo a mi forma, ¡oh dulce mi enemiga!,  
lisonja no, serenidad lo diga  
de limpia consultada ya, laguna,  
y los de mi fortuna  
privilegios, el mar a quien di redes  
más que a la selva lazos Ganimedes.

MICÓN

«No ondas, no luciente  
cristal -agua al fin dulcemente dura-:  
invidia califique mi figura  
de musculosos jóvenes desnudos.  
Menos dio al bosque nudos  
que yo al mar, el que a un dios hizo valiente  
mentir cerdas, celoso espumar diente».

LÍCIDAS

«Cuantos pedernal duro  
bruñe nácares boto, agudo raya  
en la oficina undosa de esta playa,  
tantos Palemo a su Licore bella  
suspende, y tantos ella  
al flaco da, que me construyen, muro,  
junco frágil, carrizo mal seguro».

MICÓN

«Las siempre desiguales  
blancas primero ramas, después rojas

de árbol que nadante ignoró hojas,  
trompa Tritón del agua a la alta gruta  
de Nísida tributa,  
ninfa por quien lucientes son corales  
los rudos troncos hoy de mis umbrales».

### LÍCIDAS

«Esta, en plantas no escrita,  
en piedras sí, firmeza honre Himeneo,  
calzándole talaes mi deseo:  
que el tiempo vuela. Goza, pues, ahora  
los lilios de tu aurora,  
que al tramontar del Sol mal solicita  
abeja, aun negligente, flor marchita».

### MICÓN

«Si fe tanta no en vano  
desafía las rocas donde, impresa,  
con labio alterno mucho mar la besa,  
nupcial la califique tea luciente.  
Mira que la edad miente,  
mira que del almendro más lozano  
Parca es interior breve gusano».  
Invidia convocaba, si no celo,  
al balcón de zafiro  
las claras, aunque etíopes, estrellas,  
y las Osas dos bellas:  
sediento siempre tiro  
del carro perezoso, honor del cielo;  
mas, ¡ay!, que del rüido  
de la sonante esfera,  
a la una luciente y otra fiera  
el piscatorio cántico impedido  
con las prendas bajaran de Cefeo

a las vedadas ondas,  
si Tetis no, desde sus grutas hondas,  
enfrenara el deseo.  
¡Oh cuánta al peregrino el amebeo  
alterno canto dulce fue lisonja!  
¿Qué mucho?, si avarienta ha sido esponja  
del néctar numeroso  
el escollo más duro.  
¿Qué mucho?, si el candor bebió ya puro  
de la virginal copia en la armonía  
el veneno del ciego ingenió  
que dictaba los números que oía.  
Generosos afectos de una pía  
doliente afinidad -bien que amorosa  
por bella más, por más divina parte-  
solicitan su pecho a que, sin arte  
de colores prolijos,  
en oración impetre ofiã osa  
del venerable isleño,  
que admita yernos los que el trato hijos  
litoral hizo, aun antes  
que el convecino ardor dulces amantes.  
Concediólo risueño,  
del forastero agradecidamente  
y de sus propios hijos abrazado.  
Mercurio destas nuevas diligente,  
coronados traslada de favores  
de sus barcas Amor los pescadores  
al flaco pie del suegro deseado.  
¡Oh del ave de Júpiter vendado  
pollo -si alado, no, lince sin vista-  
político rapaz, cuya prudente

disposición especuló estadista  
clarísimo ninguno  
de los que el reino muran de Neptuno!  
¡Cuán dulces te adjudicas ocasiones  
para favorecer, no a dos supremos  
de los volubles polos ciudadanos,  
sino a dos entre cáñamo garzones!  
¿Por qué? Por escultores quizá vanos  
de tantos de tu madre bultos canos  
cuantas al mar espumas dan sus remos.  
Al peregrino por tu causa vemos  
alcázares dejar, donde, excedida  
de la sublimidad la vista, apela  
para su hermosura,  
en que la Arquitectura  
a la Geometría se rebela,  
jaspes calzada y pórfidos vestida.  
Pobre choza, de redes impedida,  
entra ahora, ¡y lo dejas!  
¡Vuela, rapaz, y, plumas dando a quejas,  
los dos reduce al uno y otro leño,  
mientras perdona tu rigor al sueño!  
Las Horas ya, de números vestidas,  
al bayo, cuando no esplendor overo  
del luminoso tiro, las pendientes  
ponían de crisólitos lucientes,  
coyundas impedidas,  
mientras de su barraca el extranjero  
dulcemente salía despedido  
a la barquilla, donde le esperaban  
a un remo cada joven ofrecido.  
Dejaron pues las azotadas rocas

que mal las ondas lavan  
del livor aun purpúreo de las focas,  
y de la firme tierra el heno blando  
con las palas segando,  
en la cumbre modesta  
de una desigualdad del horizonte,  
que deja de ser monte  
por ser culta floresta,  
antiguo descubrieron, blanco muro,  
por sus piedras no menos  
que por su edad majestuosa cano;  
mámol al fin tan por lo pario puro,  
que al peregrino sus ocultos senos  
negar pudiera en vano.  
Cuantas del Oceano  
el sol trenzas desata  
contaba en los rayados capiteles,  
que -espejos, aunque esféricos, f eles-  
bruñidos eran óvalos de plata.  
La admiración que al arte se le debe,  
áncora del batel fue perdonando  
poco a lo fuerte, y a lo bello nada  
del edificio, cuando  
ronca les salteó trompa sonante,  
al principio distante,  
vecina luego, pero siempre incierta.  
Llave de la alta puerta  
el duro son -vencido el foso breve-  
levadiza ofreció puente no leve,  
tropa inquí eta contra el aire armada,  
lisonja, si confusa, regulada  
su orden de la vista y del oído



su agradable rüido.  
Verde, no mudo coro  
de cazadores era,  
cuyo número indigna la ribera.  
Al Sol levantó apenas la ancha frente  
el veloz hijo ardiente  
del Céfiro lascivo  
-cuya fecunda madre al genitivo  
soplo vistiendo miembros Guadalete  
florida ambrosia al viento dio jinete-,  
que a mucho humo abriendo  
la fogosa nariz, en un sonoro  
relincho y otro saludó sus rayos.  
Los overos, si no esplendores bayos,  
que conducen el día,  
les responden, la eclíptica ascendiendo.  
Entre el confuso, pues, celoso estruendo  
de los caballos, ruda hace armonía,  
cuanta la generosa cetrería,  
desde la Mauritania a la Noruega,  
insidia ceba alada,  
sin luz, no siempre ciega,  
sin libertad, no siempre aprisionada,  
que a ver el día vuelve  
las veces que, en fiado al viento dada,  
repite su prisión y al viento absuelve.  
El neblí, que, relámpago su pluma,  
rayo su garra, su ignorado nido,  
o lo esconde el Olimpo o densa es nube  
que pisa, cuando sube  
tras la garza argentada, el pie de espuma.  
El sacre, las del Noto alas vestido,

sangriento chipri ota, aunque nacido  
con las palomas, Venus de tu carro.  
El girifalte, escándalo bizarro  
del aire, honor robusto de Gelandá  
si bien jayán de cuanto rapaz vuela,  
corvo acero su pie, flaca pihuela  
de piel le impide blanda.  
El baharí, a quien fue en España cuna  
del Pirineo la ceniza verde,  
o la alta basa que el Oceano muerde  
de la egipcia coluna.  
La delicia volante  
de cuantos ciñen líbico turbante,  
el borní, cuya ala  
en los campos tal vez de Meli ona  
galán siguió valiente y fatigado  
tímida liebre, cuando  
intempestiva salteó leona  
la melionesa gala,  
que de trágica scena  
mucho teatro hizo poca arena.  
Tú, infestador, en nuestra Europa nuevo,  
de las aves nacido, aletó, donde  
entre las conchas hoy del Sur esconde  
sus muchos años Febo,  
¿debes por dicha cebo?  
¿Templarte supo, di, bárbara mano  
al insultar los aires? Yo lo dudo,  
que al preci osamente inca desnudo  
y al de plumas vestido mejicano,  
fraude vulgar, no industria generosa,  
del águila les dio a la mariposa.

De un mancebo serrano  
el duro brazo débil hace junco,  
examinando con el pico adunco  
sus pardas plumas, el azor britano,  
tardo, mas generoso  
terror de tu sobrino ingeñoso,  
ya invidia tuya, Dédalo, ave ahora,  
cuyo pie tiria púrpura colora.  
Grave, de perezosas plumas globo,  
que a luz le condenó incierta la ira  
del bello de la estigia deidad robo,  
desde el guante hasta el hombro a un joven cela:  
esta emulación pues de cuanto vuela  
por dos topacios bellos con que mira,  
término torpe era  
de pompa tan ligera.  
Can, de lanas prolijo, que animoso  
buzo será, bien de profunda ría,  
bien de serena playa,  
cuando la fulminada prisión caya  
del neblí -a cuyo vuelo,  
tan vecino a su cielo,  
el cisne perdonara, luminoso-  
número y confusión gimiendo hacía  
en la vistosa laja para él grave:  
que aun de seda no hay vínculo süave.  
En sangre claro y en persona agosto,  
si en miembros no robusto,  
príncipe les sucede, abreñada  
en modestia civil real grandeza.  
La espumosa del Betis ligereza  
bebió no sólo, mas la desatada

majestad en sus ondas, el luciente  
caballo que colérico mordía  
el oro que süave lo enfrenaba,  
arrogante, y no ya por las que daba  
estrellas su cerúlea piel al día,  
sino por lo que siente  
de esclarecido y aun de soberano  
en la rienda que besa la alta mano,  
de sceptro digna.  
Lúbrica no tanto  
culebra se desliza tortuosa  
por el pendiente calvo escollo, cuanto  
la escuadra descendía presurosa  
por el peinado cerro a la campaña.  
que al mar debe con término prescripto  
más sabandijas de cristal que a Egipto  
horrores deja el Nilo que le baña.  
Rebelde Ninfa, humilde ahora caña,  
los márgenes oculta  
de una laguna breve,  
a quien doral consulta  
aun el copo más leve  
de su volante nieve.  
Ocioso, pues, o de su fin presago,  
los filos con el pico prevenía  
de cuanto sus dos alas aquel día  
al viento esgrimirán cuchillo vago.  
La turba aún no del apacible lago  
las orlas inquē eta,  
que tímido perdona a sus cristales  
el doral. Despedida no saeta  
de nervios partos igualar presuma

sus puntas desiguales,  
que en vano podrá pluma  
vestir un leño como viste un ala.  
Puesto en tiempo, corona, si no escala,  
las nubes -desmintiendo  
su libertad el grillo torneado  
que en sonoro metal lo va siguiendo-  
un baharí templado,  
a quien el mismo escollo  
-a pesar de sus pinos eminente-  
el primer vello le concedió pollo,  
que al Betis las primeras ondas fuente.  
No sólo, no, del pájaro pendiente  
las caladas registra el peregrino,  
mas del terreno cuenta cristalino  
los juncos más pequeños,  
verdes hilos de aljófares risueños.  
Rápido al español alado mira  
peinar el aire por cardar el vuelo,  
cuya vestida nieve anima un hielo  
que torpe a unos carrizos le retira,  
infi eles por raros,  
si firmes no por trémulos reparos.  
Penetra pues sus inconstantes senos,  
estimándolos menos  
entredichos que el viento;  
mas a su daño el escuadrón atento,  
expulso le remite a quien en suma  
un grillo y otro enmudeció en su pluma.  
Cobrado el baharí, en su propio luto,  
o el insulto acusaba precedente,  
o entre la verde hierba

avara escondía cuerva  
purpúreo caracol, émulo bruto  
del rubí más ardiente,  
cuando, solicitada del rüido,  
el nácar a las flores fía torcido,  
y con siniestra voz convoca cuanta  
negra de cuervas suma  
infamó la verdura con su pluma,  
con su número el Sol. En sombra tanta  
alas desplegó Ascálafo prolijas,  
verde poso ocupando,  
que de césped ya blando,  
jaspe le han hecho duro blancas guijas.  
Más tardó en desplegar sus plumas graves  
el deforme fiscal de Proserpina,  
que en desatarse, al polo ya vecina,  
la disonante niebla de las aves;  
diez a diez se calaron, ciento a ciento,  
al oro intüitivo, invidi ado  
deste género alado,  
si como ingrato no, como avariento,  
que a las estrellas hoy del firmamento  
se atreviera su vuelo  
en cuanto ojos del cielo.  
Poca palestra la región vacía  
de tanta invidia era,  
mientras, desenlazado la cimera,  
restituyen el día  
a un girifalte, boreal arpía,  
que, despreciando la mentida nube,  
a luz más cierta sube,  
cenit ya de la turba fugitiva.

Auxili ar taladra el aire luego  
un duro sacre, en globos no de fuego,  
en oblicuos sí engaños  
mintiendo remisión a las que huyen,  
si la distancia es mucha:  
griego al fin. Una en tanto, que de arriba  
descendió fulminada en poco humo,  
apenas el latón segundo escucha,  
que del inferi or peligro al sumo  
apela, entre los trópicos grifaños  
que su eclíptica incluyen,  
repitiendo confusa  
lo que tímida excusa.  
Breve esfera de viento,  
negra cincunvestida piel, al duro  
alterno impulso de valientes palas,  
la avecilla parece,  
en el de muros líquidos que ofrece  
corredor el diáfano elemento  
al gémino rigor, en cuyas alas  
su vista libra toda el extranjero.  
Tirano el sacre de lo menos puro  
desta primer región, sañado espera  
la desplumada ya, la breve esfera,  
que, a un bote corvo del fatal acero,  
dejó al viento, si no restituído,  
heredado en el último graznido.  
Destos pendientes agradables casos  
vencida se apeó la vista apenas,  
que del batel, cosido con la playa,  
cuantos da la cansada turba pasos,  
tantos en las arenas

el remo perezosamente raya,  
a la solicitud de una atalaya  
atento, a quien doctrina ya cetrera  
llamó «catarribera».  
Ruda en esto política, agregados  
tan mal ofrece como construídos  
bucólicos albergues, si no flacas  
piscatorias barracas,  
que pacen campos, que penetran senos,  
de las ondas no menos  
aquéllos perdonados  
que de la tierra éstos admitidos.  
Pollos, si de las propias no vestidos,  
de las maternas plumas abrigados,  
vecinos eran destas alquerías,  
mientras ocupan a sus naturales,  
Glauco en las aguas, y en las hierbas Pales.  
¡Oh cuántas cometer piraterías  
un cosario intentó y otro volante  
-uno y otro rapaz, digo, milano-,  
bien que todas en vano,  
contra la infantería, que ñ ante  
en su madre se esconde, donde halla  
voz que es trompeta, pluma que es muralla.  
A media rienda en tanto el anhelante  
caballo -que el ardiente sudor niega  
en cuantas le densó nieblas su aliento-  
a los indignos de ser muros llega  
céspedes, de las ovas mal atados.  
Aunque ociosos, no menos fatigados,  
quejándose venían sobre el guante  
los raudos torbellinos de Noruega.



Con sordo luego, estrépito, despliega  
-injurias de la luz, horror del viento-  
sus alas el testigo que en prolija  
desconfianza a la sicana diosa  
dejó sin dulce hija,  
y a la stigia deidad con bella esposa.